

## CAPÍTULO XXVIII

## Alfonso V (el Magnánimo) en Aragón

DE 1416 Á 1458

Su conducta en el asunto del cisma: concilio de Constanza: eleccion de Martin V.—Inflexibilidad del antipapa Pedro de Luna; muere en Peñíscola.—Concluye el cisma.—Disgustan á Alfonso los aragoneses y catalanes; pasa á Cerdeña y á Córcega.—Situacion de Nápoles, y cómo le fué ofrecida á Alfonso la sucesion de aquel reino.—Pasa á Nápoles y la reina Juana le adopta por hijo.—Guerras, triunfos y vicisitudes de Alfonso en Nápoles.—Volubilidad de la reina Juana: retractaciones.—El duque de Anjou; el duque Filipo de Milan; el capitán Sforza; el senescal Caracciolo.—Sangrientos combates en las calles de Nápoles.—Regresa Alfonso á España.—Ataca de paso y destruye á Marsella.—Confederacion de los príncipes de Italia contra don Alfonso y don Pedro de Aragón.—Súbitas mudanzas en los ánimos de los príncipes italianos.—Excitaciones al aragonés para que vuelva á Italia.—Expedicion de Alfonso al reino de Túnez: victorias sobre los moros.—Inconstancia de la reina Juana: asesinato del gran senescal: vuelta de Alfonso á Nápoles.—Nueva liga contra el aragonés.—Fuga del papa y generosa proteccion que le dispensa don Alfonso.—Muerte del duque de Anjou: id. de la reina Juana.—Prosigue la empresa de Nápoles: gran combate naval: los reyes de Aragón y de Navarra prisioneros.—Generoso comportamiento del duque de Milan.—Da libertad al de Navarra y se liga con el de Aragón.—Bandos y guerras en Italia: el papa Eugenio IV: el concilio de Basilea: el duque Renato de Anjou: triunfos del rey don Alfonso: muerte del infante don Pedro.—Nuevo cisma en la Iglesia.—Grandeza de ánimo de Alfonso.—Se hace rey de Nápoles.—Entrada triunfal.—Nueva situacion de Italia.—Alianzas, confederaciones, guerras: el papa y los Estados de la Iglesia; el duque de Milan, Francisco Sforza: otros príncipes y potentados de Italia; repúblicas de Génova, Venecia y Florencia; el rey de Aragón y de Nápoles.—Paz universal de Italia y cómo se hizo.—Apodéranse los turcos de Constantinopla, y acaba el imperio cristiano de Oriente.—Confederacion general de los príncipes cristianos contra el turco.—Desavenencias del rey de Aragón con el papa Calixto III: sus resultados.—Muerte de Alfonso V de Aragón: succédele en Nápoles su hijo Fernando, en Aragón su hermano el rey don Juan de Navarra.—Grandes cualidades de Alfonso V.

Los sucesos de Aragón en este tiempo continuaban formando por su importancia y su grandeza exterior verdadero contraste con las rencillas y miserias interiores de Castilla; y mientras aquí un príncipe de la dinastía de Trastámara, instrumento dócil de un soberbio favorito y juguete de las maquinaciones de orgullosos magnates, conservaba con trabajo el nombre de rey y una sombra de autoridad, allá otro príncipe de la dinastía de Trastámara, su inmediato deudo, sabio, magnánimo, liberal y esforzado, ensanchaba los límites de la monarquía aragonesa, le agregaba nuevos reinos, y ganaba en apartadas regiones gloria para sí y para su pueblo con sus proezas como guerrero y con su sabiduría como monarca.

Apenas falleció el honrado Fernando I de Aragón, fué aclamado rey de Aragón, de Valencia, de Mallorca, de Sicilia y de Cerdeña y conde de Barcelona su hijo primogénito con el nombre de Alfonso V (2 de abril, 1416). El primer cuidado del nuevo monarca aragonés fué retirar de Sicilia á su hermano el infante don Juan, que se hallaba de gobernador general de aquel reino, porque recelaba harto fundadamente que los sicilianos, en su deseo manifesto de independencia, quisieran alzarle por rey, como en efecto lo intentaban. Delicado era el asunto, atendida la disposicion de aquellos naturales, y el carácter del infante don Juan. Pero manejóse en él con tal destreza el joven soberano (que contaba entonces veintidos años de edad), é hizo el llamamiento con tan hábil política, que el infante, contra lo que todos esperaban, obedeció inmediatamente al primer requerimiento de su hermano, y se vino á España á hacerle homenaje, quedando de vireyes en Sicilia don Domingo Ram, obispo de Lérida, y don Antonio de Cardona.

Era la ocasion en que se trataba de resolver definitivamente la gran cuestion del cisma de la Iglesia; y Alfonso, que en vida de su padre era el que habia manejado las negociaciones sobre este gravísimo negocio con el gran Sigismundo, rey de romanos, se apresuró á enviar sus embajadores y prelados al concilio general de Constanza. Todavía no faltó quien inten-

tara persuadirle á que restituyera la obediencia al obstinado Pedro de Luna, que continuaba en su castillo de Peñíscola titulándose pontífice y protestando contra lo que se determinara en el concilio, pero el rey desechó resueltamente toda proposicion y consejo que tendiera á prolongar la ansiedad en que estaba el mundo cristiano. Al fin el concilio de Constanza, compuesto de prelados de todas las naciones y de representantes de todos los príncipes, perdida toda esperanza de renuncia por parte del antipapa aragonés, pronunció solemne y definitiva sentencia declarándole cismático, pertinaz y hereje, indigno de todo título, grado y dignidad pontifical (julio, 1417). Tratóse luego de proceder á la eleccion de la persona que habia de ser reconocida en toda la cristiandad por verdadero y único pontífice y pastor universal de los fieles, y despues de muchos debates y altercados sobre preferencias de asiento y otras preeminencias entre los embajadores de Aragón, de Castilla, de Inglaterra y otras naciones (1), y de no pocas disputas entre príncipes y prelados sobre la forma en que la eleccion habia de hacerse, avenidos al fin, y nombrados los electores, se procedió á la eleccion de pontífice, resultando electo despues de algunos escrutinios el cardenal de Colonna, que tomó el nombre pontifical de Martin V (17 de noviembre, 1417).

Con gran júbilo se recibió y celebró en toda la cristiandad la nueva de la proclamacion de un verdadero y solo vicario de Jesucristo, con lo cual parecia de todo punto terminado el cisma y acabada la funesta escision que por cerca de medio siglo habia traído turbadas las conciencias y alteradas y conmovidas las naciones cristianas. Pero faltaba todavia reducir al encastillado en Peñíscola, que se creia mas legítimo papa que el nombrado por el concilio. El rey don Alfonso de Aragón fué el encargado de notificarle la sentencia del sinodo, y de persuadirle de la inmensa utilidad que de su renuncia resultaria á toda la Iglesia, así como de su necesidad, en el caso extremo á que habian llegado ya las cosas (2). Mas no bastó á ablandar el duro carácter de don Pedro de Luna, hombre por otra parte de gran doctrina y erudicion, que alegando con razones no destituidas de fundamento haber sido su eleccion mas legítima que la de otro pontífice alguno, protestando contra las decisiones del concilio, y fundando su nulidad, entre otras causas, en no haber concurrido á él ni la mayoría, ni tal vez la tercera parte de los prelados de la cristiandad, que eran mas de ochocientos, se mantenía inflexible desafiando á todos los poderes de la tierra (1418). A instancias del cardenal de Pisa, que vino á Zaragoza como legado del nuevo pontífice para tratar de la reduccion del antipapa Benito, ofreció á este el rey don Alfonso que si consentía en la renuncia seria admitido en el gremio de la Iglesia, residiría donde quisiese, y se le dejarían los bienes y rentas apostólicas, con mas cincuenta mil florines del cuño de Aragón anuales, conservándose sus beneficios á todos los que con él residían en Peñíscola. Tan infructuosos fueron los ofrecimientos para el inalterable don Pedro de Luna como lo habian sido las amenazas y las persuasiones (3). Diremos por último, para acabar con la historia de este hombre singular, que habiéndole faltado, ó por muerte ó por defeccion, todos los cardenales de su parcialidad, todavia creó otros dos, con cuyo diminuto colegio continuó llamándose papa Benito XIII hasta que falleció en 23 de mayo

(1) Los embajadores de Castilla fueron, don Diego obispo de Cuenca, don Juan de Badajoz, don Fernan Perez de Ayala, Martin Fernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, Fr. Fernando de Illescas, Fernan Martinez Dávalos, doctor en decretos y dean de Segovia, Diego Fernandez de Valladolid, dean de Palencia, y Juan Fernandez de Peñafior, doctor en decretos.

(2) No habia agrado sin embargo á Alfonso de Aragón la eleccion de Martin V, á quien tenia por poco propicio á los intereses de su reino, especialmente en lo de Sicilia: así fué que quedó muy disgustado de sus embajadores, á quienes dijo que habian mirado mas por sus particulares intereses que por la honra y bien del Estado. Zurita, Anal. lib. XII, capítulo 67.

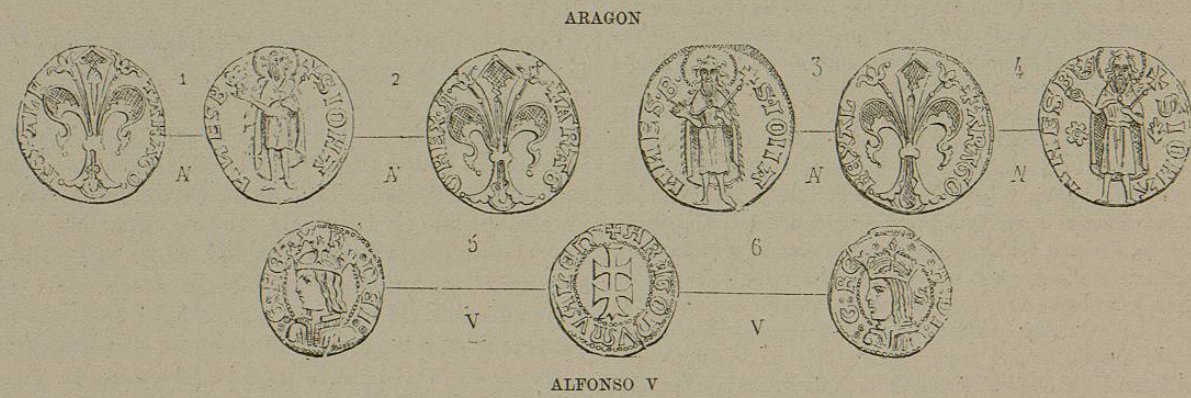
(3) Zurita dice, no sabemos con qué fundamento, «fué cosa muy pública y divulgada por los que eran devotos de don Pedro de Luna, que estando el legado en Zaragoza procuró se le diese veneno con que muriese, y aunque se le dió, vivió algunos años, y el legado murió antes». Anal. lib. XII, c. 69.

de 1423 en su castillo de Peñíscola, á la edad casi de noventa años, á los veintinueve de su eleccion, y á los ocho de su encierro en aquella fortaleza, dejando al mundo un ejemplo, tan admirable como funesto y triste para la Iglesia, del mayor grado de obstinacion, de dureza y de inflexibilidad de carácter, á que haya podido llegar hombre alguno. Y todavia á su imitacion sus dos cardenales tuvieron la inaudita temeridad de alzar por pontifice á un canónigo de Barcelona, nombrado Gil Sanchez Muñoz, que tomó el titulo de Clemente VIII, y el cual á su vez creó tambien un simulacro de colegio de cardenales, á quienes nadie reconoció ya: pero estos hechos no favorecieron nada á la reputacion y fama del rey de Aragon que los consentia.

Habiendo procedido el rey á ordenar y proveer los oficios de su casa, tomaron de ello ocasion los altivos catalanes para querer resucitar uno de los abolidos privilegios de Alfonso III, y congregándose en parlamento en Molins de Rey, despacharon comisionados á Valencia, donde el monarca se hallaba, para que juntos con los de Valencia y Zaragoza le expusieran la doble pretension de que no confiriere oficios ni empleos sin consentimiento y aprobacion de las córtes, y de que despidie-

se los castellanos que tenia en su casa. Al segundo extremo contestó el rey con dignidad que los tres ó cuatro oficiales castellanos que á su lado tenia eran antiguos servidores del rey su padre, y que seria un acto escandaloso de ingratitud despedirlos sin motivo: y en cuanto á lo primero, que ordenaria su casa con buen consejo, pero no ciertamente al arbitrio de ellos y á su capricho y voluntad. Los comisionados insistieron, las contestaciones tomaron alguna acritud, y solo á fuerza de carácter y de energia se descartó de aquellas ilegales é injustas pretensiones. Desde entonces procuró desembarazarse de tales impertinencias buscando un campo mas vasto y mas glorioso á su genio ambicioso y emprendedor. Así, celebradas las bodas de su hermana doña Maria con el rey don Juan II de Castilla, y las de su hermano el infante don Juan (el desechado por Juana de Nápoles) con doña Blanca de Navarra, viuda de don Martin de Sicilia (1419), dirigió sus miradas á la isla de Cerdeña, y aparejó una armada para pasar á ella en persona.

Un tanto desasosegadas otra vez las posesiones de Cerdeña, de Córcega y de Sicilia, el apaciguarlas del todo y completar la obra de su padre era empresa digna del ánimo levantado



ARAGON

de Alfonso V, y podia ser ocasion y principio de otras mayores. Así, mientras sus hermanos los infantes don Juan, don Enrique y don Pedro inquietaban la Castilla y movian los disturbios y alteraciones que dejamos referidos, don Alfonso con mas nobles aspiraciones preparaba su expedicion, armaba y abastecia sus naves, juntaba sus gentes, y dejando encomendado el gobierno del reino á su esposa la discreta y prudente doña Maria, con su consejo de prelados, caballeros y letrados de juicio y autoridad, se proponia alejar del pais, llevándolos consigo para emplearlos y distraerlos en las cosas de la guerra, aquellos magnates mas dados á bullicios y novedades y á acaudillar banderías. Dió motivo á que se demorase algun tiempo su embarcacion un incidente grave, propio de la singular constitucion aragonesa, y fué el siguiente.

Era Justicia mayor del reino, y lo habia sido mucho tiempo hacia, Juan Jimenez Cerdan, varon muy notable y de grandes prendas, muy relacionado y muy influyente en el reino. Este supremo magistrado, siguiendo la costumbre de otros, habia hecho cierto pacto con el rey de renunciar su dignidad siempre que á ello le requiriese. Deseaba don Alfonso dejar á su partida provisto aquel cargo en Berenguer de Bardaji, el hombre mas eminente de su tiempo, y en quien mas confianza tenia. En su virtud requirió á Jimenez Cerdan que renunciase su oficio, mas como este rehusase cumplir lo pactado, el rey determinó proceder contra él hasta declararle público perjuro, pregonándole privado de su empleo y mandando que nadie obedeciese sus provisiones (marzo, 1420). El destituido Justicia hizo su reclamacion de agravio, y le fué otorgada su «firma de derecho» para ser oido y amparado en su posesion. A pesar de este recurso, la reina, como lugarteniente general del reino, confirmó la destitucion, la mandó publicar á pregon y notificar á todos los tribunales. Tan violenta y desusada medida, empleada con un funcionario que las leyes y las costumbres aragonesas consideraban como la primer defensa y amparo de sus privilegios y libertades, produjo general escándalo y grave disgusto y turbacion en el reino, y hubiera dado ocasion á mas serias demostraciones sin la abnegacion loable de Cerdan, que al fin hizo su renuncia en manos de la reina,

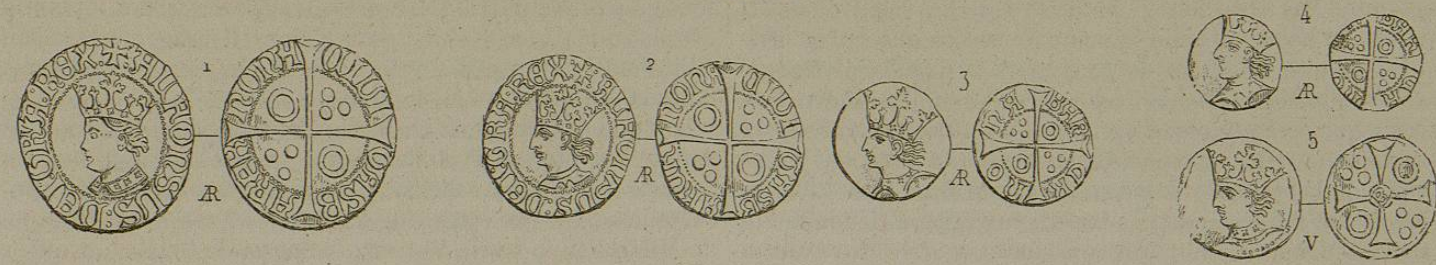
quedando reconocido como Justicia Berenguer de Bardaji. Movidas no obstante por el ejemplo de este caso las córtes de Alcañiz, y á fin de que no se repitiese, decretaron mas adelante que el oficio del Justicia no pudiera ser relevado á voluntad del rey, aun de consentimiento del que le obtuviese.

Emprendió al fin el rey don Alfonso su expedicion (7 de mayo, 1420) con veinticuatro galeras y seis galeotas; y arribando á Mallorca, y tomando allí cuatro galeras venecianas, juntamente con otras naves de Cataluña que le iban alcanzando, navegó la via de Cerdeña, y tomó tierra en Alguer, donde estaba el conde don Artal de Luna combatiendo á los rebeldes. La presencia del rey en la isla desconcertó á los que andaban alzados; las ciudades de Terranova, Longosardo, la misma Sacer que tanto tiempo se habia mantenido en rebelion, se fueron reduciendo á la obediencia de Alfonso. El hijo del vizconde de Narbona, que pretendia resucitar los derechos de su casa al Estado de Arborea, se allanó á recibir los cien mil florines que habian sido contratados con su padre, y con esto el jóven Alfonso V de Aragon tuvo la fortuna y la gloria de asegurar la posesion de Cerdeña, que tantos tesoros y tanta sangre habia costado á sus predecesores.

Sometidos los rebeldes de Cerdeña, pasó Alfonso con su armada á Córcega, en cuya isla, ó al menos en gran parte de ella dominaban los genoveses, perpetuos rivales y enemigos de Cataluña en los mares de Levante. La plaza de Calvi, cercada por mar y tierra por las fuerzas de Aragon, no tardó en rendirse al rey Alfonso. Menos afortunados los aragoneses en el sitio y ataque de Bonifacio, cuando ya habian ganado algunos fuertes y estaban á punto de obtener la sumision de la plaza, recibieron los sitiados un refuerzo de ocho galeras genovesas, y despues de un combate naval en que los del castillo hicieron gran daño en las naves de Aragon, determinó el rey alzar su campo en lo mas áspero del invierno (1421).

Hallándose Alfonso V en estas empresas, ofrecióse á sus ojos otra mas risueña perspectiva, que le hizo divisar en lontananza la posibilidad nada menos que de ceñir sus sienes con la corona de Nápoles. Este bello reino, como casi toda Italia, andaba tiempo hacia miserablemente revuelto y turba-

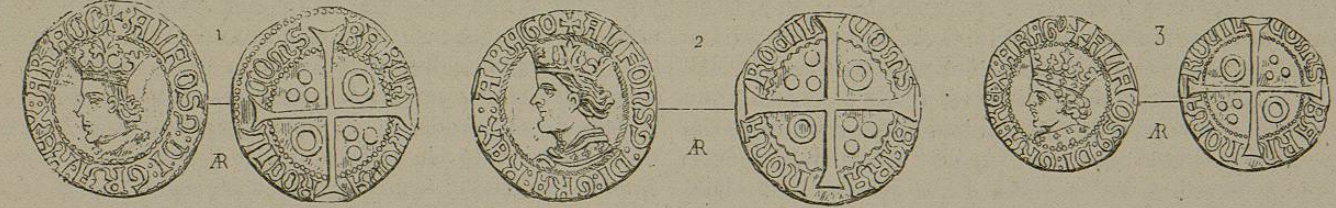
BARCELONA



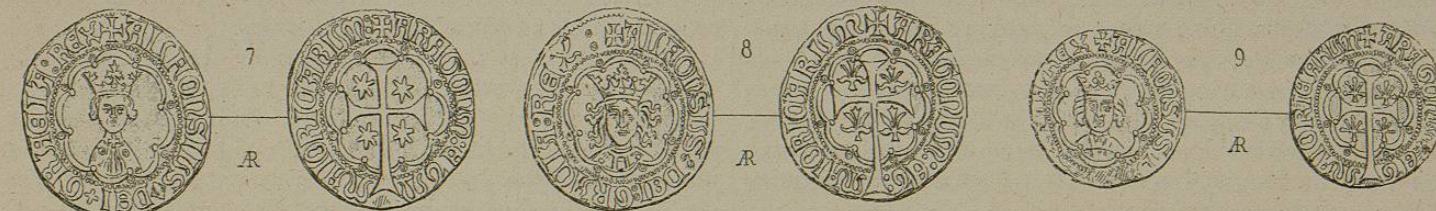
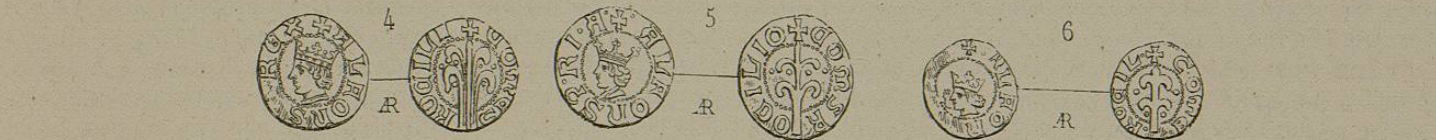
VALENCIA



ROSELLON



MALLORCA



ALFONSO V

